

“Mi mamá me platicó”: punto de vista e historia reciente

Gerardo Necoecha, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México

El presente ensayo recurre a la categoría de punto de vista, tomada de la crítica literaria, y la emplea para entender la constitución social de la narración de una vida individual. Tomo para el análisis dos entrevistas: una hecha con una obrera textil de una pequeña ciudad, y la otra con una maestra en la ciudad de México, ambas nacidas en la primera década del siglo XX. A través del texto describo cómo clase y género, por un lado, e ideas heredadas y experiencias nuevas, por el otro, conforman sus redes de relación social y su visión del mundo. Los puntos de vista desentrañados revelan a dos mujeres muy diferentes entre sí, pero que sin embargo coinciden en una postura crítica frente a la sociedad en que viven, postura que han legado a la siguiente generación.

Los historiadores orales estamos conscientes que el relato que obtenemos a través de una entrevista es un punto de vista. Por esta razón es frecuente que hablemos de la importancia de contar un mismo suceso o episodio histórico desde muchos y variados puntos de vista. El propósito puede ser el de la complementariedad, con la noción de que cada uno de los puntos de vista de vista ofrece una parte del todo, o bien el de la diversidad, en el que cada punto de vista constituye una versión particular del todo. Con uno u otro propósito, la idea de recolectar y exponer varios puntos de vista es una manera de zanjear la distancia entre la singularidad del relato individual y la universalidad del suceso histórico. El punto de vista individual, sin embargo, por si solo brinda entrada a la historia social, porque integra valores y códigos elaborados y reconocidos dentro de una colectividad.

La noción analítica de punto de vista proviene de la crítica literaria.¹ Generalmente es empleada para clasificar la posición y el grado de parcialidad de las voces narrativas. El punto de vista también puede ser una herramienta para entender la relación entre relato y conciencia, razón por la que me interesa emplear este concepto para escudriñar las historias de vida. En el transcurso de la entrevista, el entrevistado formula un punto de vista en relación al entrevistador pero también en relación a un público imaginado, de manera que resulta esencial preguntar quién habla con quién. Ese punto de vista se expresa en el contenido y la forma de lo que cuenta, y de ahí que también preguntemos de qué habla y cómo

¹ M. M. Bakhtin, *The Dialogic Imagination* (Austin: University of Texas Press, 1981); Antonieta Eva Verwey, *Acto narrativo y punto de vista* (Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro, 1984).

lo relata. Esta doble y simultánea relación del narrador con su público y con su relato influye en qué recuerda y qué olvida porque hay una intención deliberada de transmitir un significado. En las historias de vida, además, hay una relación temporal del narrador consigo mismo, ya que cambia de posición y percepción a través del tiempo. Indagamos así no sólo cuál es sino cómo se forma y cambia el punto de vista.²

Abordar el punto de vista de esta manera implica atender a los diálogos que conforman el relato. El relato de la memoria está en parte compuesto por el diálogo a través del tiempo entre los valores heredados y las situaciones nuevas. También está formado por los puntos de vista de otros con quienes por necesidad dialogamos en el transcurso de recordar. En consecuencia, lo social en la historia oral no sólo consiste en sumar perspectivas individuales sino también en comprender que los relatos están socialmente constituidos.³ Además, y en la medida en que esos diálogos producen el recuerdo desde el presente, los relatos de historia oral son también constitutivos de la percepción presente. En otras palabras, el punto de vista es una ventana hacia la presencia del pasado en el presente.

I

Altagracia nació en 1908 en la ciudad de Río Blanco, Veracruz.⁴ Su padre y su madre emigraron de distintos poblados rurales, atraídos por la oportunidad de trabajo en la recién inaugurada fábrica textil. Altagracia, de niña, asistió a la escuela por un par de años y se hizo cargo de la casa mientras padre y madre trabajaban. Ella entró a la fábrica a los 14 y permaneció ahí durante los siguientes

² Mi comprensión del punto de vista en la crítica literaria proviene de Verwey, *Acto*; también me fue de gran utilidad Bakhtin, *Dialogic*. Una primera versión del presente ensayo, "Class and gender points of view in two women's stories of home and work", fue presentado en el 2004 Oral History Association Annual Meeting, Portland, Oregon, septiembre 29 a octubre 3, 2004; agradezco en especial los comentarios de Ronald Grele.

³ La idea de tomar el punto de vista como entrada al análisis social me fue sugerida por el ensayo de Samuel Schrager, "What is Social in Oral History?" en: Robert Perks y Alistair Thomson, eds., *The Oral History Reader* (London: Routledge, 1998), 284-299; la noción de los diálogos en la evidencia de historia oral, que refuerza el examen de la formación del punto de vista, informa gran parte del trabajo de Portelli, ver por ejemplo Alessandro Portelli, "Oral history as Genre," in: Alessandro Portelli, *The Battle of Valle Giulia: Oral History and the Art of Dialogue* (Madison: University of Wisconsin Press, 1997), 3-23; E. P. Thompson también hace hincapié en que el historiador aprenda a escuchar los diálogos atrapados en los documentos escritos, Edward Palmer Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays* (New York: Monthly Review Press, 1978), 14-29.

⁴ Entrevista a Altagracia Ramírez Pacheco realizada por Silvia Espíndola y Gerardo Necochea, Río Blanco, Veracruz, 21 julio 1983.

50 años. Empezó como ayudante sin oficio, en el transcurso de su carrera laboral pasó por casi todos los departamentos de la fábrica, y se jubiló como tejedora.

Las vivencias de Altagracia abarcan buena parte del siglo XX. La entrevistadora, Silvia Espíndola, ella misma residente de Río Blanco y amiga de Altagracia de tiempo atrás, escogió sin embargo preguntarle por un suceso ocurrido antes de su nacimiento. En enero de 1907 inició un paro patronal en la industria textil que ocasionó un motín en Río Blanco. Los libros de historia se refieren a este suceso como una huelga, parte de la oleada de huelgas ocurridas entre 1906-07, y lo describen como un hecho sangriento que anticipaba la revolución de 1910.⁵ Altagracia responde a una pregunta sobre lo que le contaron y no sobre lo que vivió.

Silvia Espíndola - Altita, ¿y a usted le platicaron los acontecimientos del 7 de enero...

Altagracia Ramírez - Sí.

SE.- ... como fueron?

AR.- Sí, mi mamá me platicó. Allí el Ameyal es histórico.

SE.- No pudiera usted platicarnos...

AR.- Sí.

SE.- ... lo que le haya platicado ella.

AR.- Sí, porque mi mamá decía: “No, vimos esto”, entonces Lucrecia Toriz que traiban cada vez que hacían ahí la memoria del 7 de enero, entonces, este, vivía atrás de mi casa, nosotros vivíamos adelante y ella vivía atrás. Entonces dice, estaba una tienda grande allí adonde era la panadería, era una tienda grande de gachupines, pero era del mismo personal de los de la fábrica. Eran gachupines y había panadería y era tienda. Entonces dice que, pues, les pegaban, todavía vi, cuando yo entré, todavía...

Cuando el relato llega a este punto, la mención de que “les pegaban” lleva a la memoria hacia un recuerdo asociado, aparentemente porque una de las causas que motivaron el movimiento de 1907, el maltrato por parte de los capataces, aun persistía cuando ella entró a trabajar, años después. Así desvía su atención de la huelga de 1907 para contar la anécdota de cuando vio como un cabo, un

⁵ Bernardo García Díaz, *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz* (México: Secretaría de Educación Pública, Fondo de Cultura Económica, 1981); Salvador Hernández, “Tiempos libertarios. El magonismo en México: Cananea, Río Blanco y Baja California,” in: Francisco González Hermosillo and Salvador Hernández Ciro Cardoso, *La clase obrera en la historia de México, vol. 3* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Siglo XXI, 1980), 101-248; Ezequiel Montes Rodríguez, *La huelga de Río Blanco* (Río Blanco: Sindicato de Trabajadores en General de la Compañía Industrial de Orizaba, 1965).

“corrector” según las compañeras de trabajo que le explicaron el suceso, golpeaba a un obrero. Las subsecuentes preguntas de los entrevistadores la alejan aún más del motivo original, así que la huelga de 1907 queda olvidada por el momento. Más adelante en la entrevista, nuevamente los entrevistadores dirigen la atención hacia la huelga.

SE.- ¿No quisiera usted platicarnos de El Ameyal que dice usted que es histórico?

AR.- Ah, ah, pos sí, es histórico porque ahí, este, todo lo que se robaron, lo que se robaron, porque era un, este, era un barrio del Ameyal porque había un cafetal y de ese cafetal hicieron una como poza, ¿no?, que allí pusieron un tubo y caiba harta agua, pero agua limpia, que caía allí, y por eso es, era el barrio del Ameyal, ahora es colonia Francisco I. Madero. No había casas, en el cerro no había ...

El relato nuevamente da un giro, para describir cómo el lugar se llenó de casas, y el tipo de casas existente hasta llegar a la compra por parte de la narradora de su casa. Finalmente, los entrevistadores regresan el relato al asunto de la huelga.

GN.- Oiga, pero nos empezaba a decir que el Ameyal...

AR.- Ah, pues ora verá usted...

GN.- que es famoso porque..

AR.- ... el Ameyal. Pues este, es famoso por cuestión que era esa tienda, que le digo a usted de los gachupines y cuando reclamaron las ocho horas de trabajo entonces fue cuando hubo la muertendá y quemaron la tienda, y antes de que, y decían: “¡Van a quemar la tienda!” Ya entraron ahí a que el que se robaba piezas de ropa, que se robaba barriles de, pues de licor, ¿no?, este, de vino, de, de rompope... Y así todo lo que tenía la tienda se robaron. Bueno, se repartió la gente, ¿no?, y cuando venía ya los soldados que venían a recoger todo eso y pos yo creo iban a castigar a los que habían ido a traer eso, entonces ahí alrededor del sótano—uh, ya se desbordó cuando la venida—pero ahí enterraban los barriles. Todo lo que se robaron ahí lo enterraron. Ahí en el Ameyal, y unas castañas así de rompope y de vino, este, los destapó Lucrecia dice: “Venga, vamos a tomar –dice- pa’ que, este, puédanos tener fuerzas para escarbar aquí lo que vamos a enterrar”. Y ya se emborracharon. Se las emborrachó, pos claro, cada quien un vaso de rompope y otro de vino y ya después todas estábamos borrachitas y que como encabezada fue Lucrecia, que va a sacar el estandarte de la iglesia y ya luego una manifestación y fueron a sacar los presos de Río Blanco, luego fueron a sacar los presos de Nogales, y luego

le dieron un machetazo aquí donde fue a sacar los presos de Santa Rosa. De eso anduvo haciendo y a mi mamá la regresaron. Ya se iba rumbo a Nogales, que dice, que le dice una señora “Ora qué va uste ahí también, que las van a meter en la cárcel –dice- porque andan haciendo eso. Sacando a los presos”. Y ya, este, que se viene mi mamá y ya se fueron las demás, las que vivían ahí en el Ameyal. Sí. Y ya esas después le platicaron a mi mamá “Hubiera usted ido. Fíjese usted que a Lucrecia -dice- fue a abrir la cárcel de los presos de Santa Rosa y que le pegan”. A Lucrecia Toriz por eso cada año la sacaban ahí. Sí, porque anduvo sacando los presos. Sí, por eso le digo a usted que... fue todo eso en mil...en 1907 y yo nací al año, en 1908.

La descripción de Altagracia ofrece poca evidencia sobre lo sucedido ese 7 de enero. En cambio, y de manera pródiga, es evidencia de la transmisión de la memoria. Nos muestra, en primer lugar, como los recuerdos son elaborados y conservados a partir de la conversación. El relato existe porque la madre lo contó a su hija Altagracia, y esta última lo contó durante la entrevista, pero por las preguntas de Silvia es evidente que ha contado la historia antes. Además el relato en su forma original fue conformándose por la conversación entre la mamá de Altagracia y sus vecinas, para llenar los huecos de sucesos en los que ella no participó. La importancia de que el recuerdo se forme de esta manera reside en que incorpora entonces los otros puntos de vista.⁶ Por esta razón probablemente lo que cuenta Altagracia difiere de lo que originalmente contó su madre, pero la veracidad no reside en los detalles del relato sino en la expresión de los valores e ideas que son la esencia del relato.⁷ Aquí quiero destacar solo dos de los valores transmitidos, la solidaridad y la independencia.

Para introducir el relato, Altagracia afirma la importancia histórica del lugar y los acontecimientos. Efectivamente, el motín ensambla la historia local con la gran historia nacional. El relato sin embargo no adopta el estilo épico de la gran historia sino que privilegia la mirada íntima y cercana a la acción de un grupo de vecinas. Las mujeres se acompañan, siendo guiadas y animadas por Lucrecia Toriz, otra vecina. Hay en esto último un sentido de solidaridad nacido tanto de compartir el ser mujeres como de vivir próximas. Ese sentimiento de comunidad se extiende aún a Altagracia, quien en un momento dado de su narración se siente parte de la acción, y se incluye en el acto de que “todas estábamos borrachitas.” Para ella, ser de Río Blanco significa pertenecer a ese evento y compartir la solidaridad que transmite el relato.

El valor de la independencia es transmitido en la imagen de Lucrecia y el estandarte. No es la única manera pero sí la más poderosa, y también interesante

⁶ Schrager, “Social,” 287-288.

⁷ Oliver Sacks, *Un antropólogo en Marte* (Barcelona: Anagrama, 1997), 218-222.

porque en este punto los relatos difieren. Otros relatos, tanto orales como escritos, hacen referencia a una bandera, y al menos un historiador identifica el estandarte de una sociedad mutualista. Altagracia refiere que Lucrecia sacó el estandarte de la iglesia y después encabezó la marcha a los pueblos vecinos para liberar a los presos. Esta imagen que emplea Altagracia es similar a una de las imágenes más conocidas de la guerra de independencia un siglo antes de los acontecimientos en Río Blanco: el cura Hidalgo portando un estandarte de la virgen y prometiendo liberar a los indios de los españoles. Otros testimonios coinciden en este sentimiento: “Nos sentimos libres y dueños de nuestro destino después de tanta miseria y opresión.”⁸ Altagracia, en cierto modo, equipara el motín con la guerra por la independencia, sugiriendo quizás que fue entonces cuando los obreros ganaron la suya.

El recuerdo choca con la versión celebradora de la historia escrita. Esta última probablemente hace su aparición en la década de 1930. He aquí un breve pasaje de un ejemplo de 1940:

“Un batallón de rurales se presentó en el lugar de los acontecimientos intimidando a los obreros a dispersarse y entonces, de la masa anónima, surgió una mujer enarbolando en el espacio una bandera roja. Todos quedaron silenciosos. Era LUCRECIA TORIZ, una hija del pueblo, que en aquellos momentos de angustia previó una hecatombe sangrienta para los suyos, y valiente como todos los de nuestra raza, con ruda palabra, arengó a los pretorianos cuando iban a ser asesinados. El oficial se retiró gritando: ¡VIVA MEXICO! Aquella heroína los había salvado de una matanza.”⁹

En esta versión, Lucrecia Toriz aparece tan heroica como aislada, su intervención es providencial, y lleva una bandera roja. Los obreros son masa anónima y estoica, y si bien en este pasaje evitan la muerte, su destino es el de la víctima inerme.

Altagracia alude a esta versión conmemorativa cuando presenta a Lucrecia Toriz como la “que traiban cada vez que hacían ahí la memoria del 7 de enero.” Y a continuación emprende una historia en total contraste: los sucesos son festivos, las mujeres son sujetos conscientes, el tono es irónico. Todo ello sugiere que el estilo picaresco en Altagracia es una manera de incorporar y criticar la muy posterior versión oficial que aparece en los rituales de celebración anual.

⁸ “Entrevista a Melitón Martínez”, en Angel Hermida Ruíz, *Acayucan y Río Blanco, gestas precursoras de la Revolución*, Veracruz, Dirección General de Educación, 1964, p. 65, citado por García Díaz, *Pueblo*, 1981, p. 143.

⁹ Ana María Hernández, *La mujer mexicana en la industria textil* (México: Secretaría del Trabajo, 1940), 32.

Este mismo proceso de diálogo en la conformación del punto de vista aparece en otro pasaje de la entrevista. Altagracia recibió y aceptó una propuesta de matrimonio. Trabajaba entonces en la fábrica y estaba dispuesta a renunciar a su trabajo, con la idea de que sería ama de casa. Varias compañeras de trabajo, todas ellas de mayor edad que Altagracia, le aconsejaron no renunciar porque los hombres no eran de fiar y llegaría el día en que estuviera sola, sin dinero y sin trabajo. Altagracia decidió seguir el consejo, y con el paso del tiempo descubrió que sus compañeras tenían razón. La relación matrimonial duró formalmente 16 años pero en sentido práctico había terminado mucho antes.

La anécdota ilustra distintas maneras de percibir el matrimonio. Parecería que desde la perspectiva del sentido común, la joven novia percibe el matrimonio desde la ingenuidad de su inexperiencia mientras que las ya curtidas compañeras hablan desde una perspectiva cínica pero validada por la experiencia. El sentido histórico, sin embargo, sugiere una manera paralela de comprender la situación.

El patrón de vida matrimonial de Altagracia fue común para las familias trabajadoras durante el siglo XIX y hasta 1930. La inestabilidad laboral y los bajos salarios obligaban a hombres y mujeres a cambiar de empleo y residencia con frecuencia. Generalmente la mujer quedaba al cargo de la manutención de los hijos y la unión familiar quedaba disuelta temporal o permanentemente.¹⁰ Evidentemente ese era el patrón que las mujeres mayores habían experimentado y esperaban, de manera que eso fue lo que comunicaron a Altagracia. Pero la visión de Altagracia no sólo provenía de su ingenuidad. En su propia experiencia, sus padres habían tenido una relación duradera. La mamá de Altagracia siguió trabajando mientras sus hijos estaban chicos pero dejó la fábrica cuando Altagracia consiguió empleo. Además, otras mujeres más o menos contemporáneas de Altagracia de hecho dejaron de trabajar y se dedicaron a ser amas de casa—un patrón más común en las décadas de 1930 a 1970, mientras los salarios fueron al alza y permitían que una familia sobreviviera con tan sólo el salario del hombre. Así, la perspectiva de Altagracia se formó no sólo por medio del diálogo con otros en el momento, el sentido común, sino también del diálogo entre el legado de valores y expectativas y la experiencia vivida, el sentido histórico.

Este sentido histórico queda al descubierto cuando Altagracia subraya que su unión matrimonial se llevó a cabo con propiedad. Su esposo la sacó de la casa familiar como a una mujer honesta aun cuando sólo tuvo una ceremonia religiosa y no una civil porque, explica, entonces no era la costumbre. La explicación no pedida sobre el carácter de su boda puede obedecer a la necesidad de distinguir su conducta de la entonces no muy lejana costumbre rural del robo de la prometida o de las uniones por acuerdo mutuo. Por esta razón recalca lo que fue la búsqueda

¹⁰ Lanny Thompson, "Households and the Reproduction of Labor in Mexico, 1876-1970," *Ph. D. dissertation*. State University of New York at Binghamton, 1989. 216-220.

de patrones de conducta en la relación marital acordes a la nueva y distinta condición urbana y de clase obrera. El sentido histórico implica la continua convergencia, no siempre en consonancia, de la experiencia heredada y la experiencia vivida.

También influye sobre el recuerdo el diálogo que ocurre durante la entrevista. Es un diálogo entre el presente y el pasado. Altagracia no cuenta ni de manera espontánea ni de un solo tiro los sucesos de 1907 sino que responde tanto a preguntas específicas como a asociaciones de la memoria. Es interesante notar que el recuerdo de lo que contó su madre se desvía en dos ocasiones porque lo asocia con sucesos de su vida, de manera que lo que cuenta para un momento y circunstancia dados en realidad esta imbricado en todo el relato de su vida. Ello nos lleva a preguntar dónde empieza y dónde termina el relato del suceso. La pregunta tiene implicaciones importantes para la idea de historia reciente.

Los sucesos relatados podrían tener al menos dos inicios. Cuando la madre de Altagracia relata los sucesos a su hija sería uno, mientras que el otro se remonta al tiempo del suceso o incluso más atrás. Si el inicio se alarga hacia el pasado, también el final lo hace hacia el presente. La primera desviación que hace Altagracia en el dialogo con los entrevistadores es cuando asocia lo ocurrido en 1907 con otro suceso del que ella fue testigo ya como trabajadora de la fábrica, relativo al maltrato aún presente en las relaciones entre supervisores y obreros. La segunda y más corta desviación tiene que ver con el poblamiento del barrio y con la adquisición de su casa. La separación temporal entre estos hechos abarca buena parte de su vida, de manera que el suceso de 1907 está presente en el transcurso de su vida. Estar libre de supervisión y tener casa propia son otras formas de valorar la independencia, mientras que el recuerdo del maltrato realza la tensión entre la solidaridad y las soluciones individuales.

Ya señalé la relación entre percepción y estilo discursivo evidente en la descripción de los sucesos de 1907. La crítica ahí insinuada, cimentada sobre nociones de independencia y solidaridad, aparece explícita y elaborada en el recuento que la narradora hace por un lado del sindicato y por otro lado de los obreros.

Inmediatamente después de describir los sucesos de 1907, y a pregunta expresa, Altagracia recuerda la disputa entre Río Blanco y la vecina Santa Rosa (hoy Ciudad Mendoza), con motivo de los autobuses de transporte interurbano. Santa Rosa primero prestó a Río Blanco tres autobuses para el transporte de pasajeros, y después retiró este préstamo. Fue entonces, cuenta Altagracia, cuando los obreros, reunidos en asamblea sindical, decidieron establecer su propia línea de autobuses urbanos:

“Entonces en ese acuerdo dijeron que sí, que de cómo, pos ganábamos poco, y nos quitaban un día para comprar. Compraron un carro y luego

compraron otro de lo mismo que iba, compraron otro. Después así fueron haciendo. Comprando más carros, más carros los de Río Blanco y nosotros nos quitaron cotizaciones para comprar los carros para el servicio de, pos del pueblo.”

El recuerdo enfatiza la solidaridad de los obreros con el resto de la comunidad. A continuación, y por contraste, Altagracia reflexiona sobre la trayectoria de los dirigentes sindicales:

“Porque antes había quien nos representara. Había personas que no vendían con la empresa los derechos del trabajador. Nos defendía. Y así como ponían a, pos, ora sí que elementos de más capacidad, también había secretarios que luchaban por el derecho del trabajador. Y ahora no. Ahora les dan una untada y ya dicen ‘pos compañeros, les voy a, este, a leer lo que se ganó, porque no se pudo ganar que por este motivo y lo otro’. En cuanto embabucan a los tontillos, diremos de ser tan vivos son tontos, porque le llegan a creer.”

Altagracia termina este pasaje con una anécdota sobre quien fuera su asistente y al que ella daba de escobazos,

“porque lo ponía yo a limpiarme el hilo para que yo trabajara, hiciera mi producción y él me robaba el hilo. Le decía yo: ‘Ay, qué chistoso eres. Ya nomás tú me agarras el hilo para trabajar’.- ‘No, son puros carretes, están rotos. El chiste es ganar y no trabajar’. Hasta la fecha lo encuentro y le digo el chiste es ganar y no trabajar. El otro día que me lo encontré, aquí está de gerente, le digo el chiste es ganar y no trabajar. Ya hizo su gran casa. Cuánto no se lleva esa casa. Y eso que no roban”.

Esta anécdota atraviesa el tiempo, y en parte es explicación de la corrupción de los líderes y en parte ilustra la tensión entre solidaridad e individualismo.

Altagracia narra su vida en el momento presente, y lo hace desde la perspectiva formada por la experiencia acumulada. El relato en su conjunto está contado desde este punto de vista. Al mismo tiempo, sus recuerdos nos llevan a entender cómo se formó y transformó su perspectiva ante la vida. El punto de vista expresado en el presente contiene la experiencia pasada y acumulada, y esta es una manera de comprender cómo es que el presente contiene al pasado, y por lo tanto su estudio requiere de la perspectiva histórica, de la misma manera que el estudio del pasado no puede perder de vista que éste se extiende hasta el presente.

II

Desplacemos la mirada a otra mujer, coetánea de Altagracia pero nacida en la ciudad de México. Concepción Millán nació en 1906.¹¹ Muy chica, sus padres mudaron residencia hacia los pueblos vecinos a la ciudad, con la esperanza de evitar la guerra revolucionaria. La familia vivió en distintos pueblos y tiempo después muere o desaparece el padre. Concepción no da detalles y centra el relato en la pobreza de madre e hija y en los estudios que recibe con las monjas. Regresa, ya joven, a vivir a la ciudad, donde trabajó como maestra. Después enseñó en una escuela pública y gracias a ello obtuvo un departamento en el Multifamiliar Miguel Alemán, conjunto de vivienda construido por el gobierno federal para los empleados gubernamentales. Concepción llegó ahí poco después de que fue inaugurado en 1949, avisada por una amiga de que el lugar era bonito y no era caro. Para entonces Concepción tenía una hija y vivía con su madre. Las tres mujeres se mudaron del centro a los confines en el sur de la ciudad. Concepción seguía residiendo en el Multifamiliar cuando fue entrevistada, en 1999.

Concepción cuenta dos anécdotas que en mi opinión son clave para entender los puntos de vista desde donde percibe el mundo. La primera está más o menos al principio de la entrevista, y refiere sucesos de cuando Concepción era una niña. La segunda está hacia el final de la entrevista, y cuenta algo que sucedió a Concepción ya siendo una mujer madura. Una y otra anécdota engloban el tiempo de su vida.¹²

En la primera anécdota, Concepción cuenta el encuentro de la familia Millán con la revolución. Ocurrió de noche, cuando un destacamento de alguno de los ejércitos contendientes invadió su casa en busca de caballos y comida. Es evidente que hija y madre han conversado sobre los sucesos de esa noche, de manera que el relato de Concepción combina su visión infantil, inocente y desde abajo, con la visión adulta de la madre. Existen sin duda paralelos con el relato de Altagracia, de manera que podemos comparar ciertos elementos.

En Concepción no encontramos ni el tono irónico ni el estilo picaresco, aunque sí el sentido crítico. Concepción inicia describiendo una escena apacible e íntima, la familia después de cenar, la pequeña aprestándose para dormir, “mi camita ya me la habían arreglado para acostarme”. Podemos imaginar la iluminación a luz de vela en contraste con la profunda oscuridad afuera. Y desde esa oscuridad vienen fuertes golpes en la puerta, gritos demandando caballos y

¹¹ Entrevista a Concepción Millán realizada por Graciela de Garay y Concepción Martínez, Ciudad de México, D. F., 12 de marzo de 1998, Instituto Mora, PHO 13/13-1(2).

¹² Ver Necochea, “Parientes, amigos y pares: tres anécdotas para pensar el siglo XX,” en *Después de vivir un siglo: ensayos de historia oral*, (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2005), 73-88.

finalmente la irrupción violenta en la casa seguida por el saqueo de la cocina. El contraste montado con estas imágenes se sostiene a través de la anécdota. El estilo costumbrista en que se oponen civilización y barbarie recuerda las novelas de bandidos del siglo XIX, en las que el contraste sirve para subrayar la lección moral.

Concepción refiere que cuando escucharon los golpes en la puerta, su padre se levantó y ella se metió entre sus piernas, encaramada en sus pies. Desde ahí observa parcialmente la escena sin intervenir. En cierto momento aclara que no vio lo que va a describir, de manera que introduce “dice mi mamá que yo creo que esa gente estaba hambreada porque con las manos así sucias cogían las yemas y todo y se las comían. Una cosa fea ¿no? ¡Asquerosa!” Contrasta esta mirada desde arriba, que combina miedo y desdén, con la mirada desde abajo, la de la niña que descubre que un pollo, regalo de sus padres, se convirtió en desayuno de la tropa: “Ahí yo vi mi pollito, ya lo habían abierto y lo estaban asando. Yo le lloré a mi pollito y ya les quería yo decir pero mi papá dice ‘no, déjalos, ya.’ Y sí ¿por qué mi pollito, no? ¿Por qué cogieron a mi pollito?”

En el relato de Altagracia las versiones surgen en un mismo plano, son complementarias. En Concepción la posición sobre el terreno es desigual, y ella nunca llega a inscribirse en la acción en condición de igualdad. No sólo hay choque entre civilización y barbarie, sino que entre quienes la escenifican hay un orden jerárquico. No hay lazos de solidaridad entre iguales ni surge una colectividad que rebase las relaciones familiares. Para Concepción, la escena privada del conjunto familiar, al ser subvertida por la barbarie, produce un efecto de distanciamiento que impide cualquier sentido de pertenecer a los hechos relatados. Ella observa desde abajo e ignorante. Así lo reflexiona la mujer adulta en el momento de la entrevista: “Y pues no me daba cuenta de que iba a haber revolución. Yo no sabía nada, no más veía, observaba. Ni por acá me daba la idea de qué era revolución, pues uno no sabe.” El punto de vista de Concepción se forma desde abajo, observando como la fuerza bruta irrumpe sin miramientos en la engañosa seguridad del mundo privado. Pero integra también la mirada desde arriba, que proclama la superioridad moral frente al bárbaro.

La distancia de Concepción en parte es permitida por la presencia del padre. En el transcurso de la acción, Concepción permanece pegada, literalmente pegada, a su padre. Hacia el final de las acciones narradas, el padre es forzado a montar un caballo y seguir a la tropa. Concepción monta con él: “...mi papá me abrazaba así, me llevaba, pues yo como iba con mi papá pues no me asustaba mucho ¿verdad?” La tropa no había avanzado mucho cuando la intervención del tío de la madre logró liberar a padre e hija. El tío de la madre era doctor y había atendido al comandante de la tropa, gracias a lo cual e instado por su sobrina, interviene exitosamente. Así como Concepción depende de su padre, este depende

de otros mejor situados, de manera que al parecer todos participan en una cadena de intercambio de favores y seguridad.

En un mundo frágil es necesario gozar de protección. No todos tienen acceso a ella. Ese es el sentido de la segunda anécdota que cuenta Concepción: ya viviendo ella en el Multifamiliar, conoció a un artesano tejedor cuya casa y taller estaban frente a los nuevos edificios.

“¿Qué vende usted manta?”

“Sí—dice--yo la vendo y todo. Cómpreme, ya nomás me queda esta pieza de manta. Porque ya me van a pedir el terreno.”

Le digo “¿no?”

“Sí—dice--ya nos lo van a pedir, que van a abrir la calle o que van a quién sabe qué.”

“¡Ay no! ¿Cómo que van a abrir?”

Si, y se amplió, se amplió la calle ya y quitaron ese telarcito.

Concepción se siente conmovida—una vez más el choque entre débiles y fuertes—pero sólo observa y en esta ocasión ella está ya protegida porque habita en el Multifamiliar. En el eterno e inevitable choque entre fuertes y débiles, donde los segundos son víctimas seguras, ella ha logrado un nicho seguro que le permite estar fuera de la contienda.

Concepción heredó de sus padres los valores que informan su punto de vista. Pero sin duda también fueron reforzados por la experiencia vivida. Esos valores contrastan con los de Altagracia. Concepción valora la dependencia y Altagracia valora la independencia. Para la primera, solidaridad significa reciprocidad entre desiguales y para la segunda, apoyo entre iguales. Las trayectorias de vida, en consecuencia, divergen no sólo en las experiencias vividas sino en la perspectiva desde la cual estas experiencias son narradas. Altagracia centra su vida en el trabajo y narra como gracias a ello logró ser tomada en cuenta, ser un individuo independiente. Concepción en cambio narra una vida llena de dureza a la que se sobrepone gracias a la intervención de otros para finalmente escapar de esa situación gracias al providencial encuentro con el Multifamiliar.¹³

Otros residentes de la primera generación de residentes del Multifamiliar expresan un punto de vista similar en sus entrevistas. Cada uno cuenta experiencia y trayecto distintos pero todos coinciden en considerar al Multifamiliar como su escape de la desigual contienda por la vida. Dentro de ese punto de vista cabe no deplorar ni rechazar, aunque no les guste, la participación en relaciones de dependencia en las que intercambian favores y que con frecuencia implican

¹³ Examino con detalle las trayectorias en los ensayos “Parientes” y “Casadas con la casa y con la fábrica”, en *Después*, 173-188.

conductas corruptas. Pero es también un punto de vista que adopta el tono de crítica moral, los residentes son gente decente.¹⁴

Ese punto de vista no fácilmente contempla la colectividad. Ésta existe en contadas ocasiones y de manera ordenada. Los residentes organizan una kermesse para celebrar su tradición inventada: la inauguración del Multifamiliar. Y la celebran con otra invención: la comida típica, ya espulgada de toda asociación con lugares y situaciones específicas. Por el contrario, los sucesos del 7 de enero de 1907 en Río Blanco, aún después de dos generaciones, no han perdido la especificidad de personas, lugares, acciones, y por esa razón las celebraciones rituales del hecho no están exentas de disputas sobre el significado de lo sucedido. En Río Blanco, como lo describe Altagracia, los sucesos fueron una consecuencia de la convivencia y la solidaridad. En el Multifamiliar, en cambio, la celebración quiere tener por consecuencia la creación de una colectividad.¹⁵

III

La comparación entre Altagracia y Concepción muestra la manera distinta en que ciertos elementos de la cultura circulan en el espacio social y en el tiempo. La revolución de 1910 es sin duda un suceso fundacional en la concepción del México del siglo XX y ambas mujeres en cierto modo inician su vida con ella. Coinciden en tener una actitud ambigua hacia el símbolo pero cada una tiene una manera distinta de apropiárselo y valorarlo. Altagracia valora positivamente lo sucedido en 1907 pero es escéptica, crítica y hasta rebelde frente a las consecuencias. El acartonamiento del ritual conmemorativo y la burocratización del sindicato son parte de un mismo y problemático presente. Concepción, por su parte, equipara la revolución con la barbarie de la que hay que escapar, aun cuando ella es beneficiaria del estado social resultado de esa revolución. El punto de vista desde el que observan su vida, al momento de la entrevista, ha cambiado y en consecuencia su actitud hacia el entorno social es distinta.

Las diferencias entre ellas son de clase social. No se trata sólo de diferencias en la escala de ingresos o en sus carreras profesionales sino de modos distintos de apropiación cultural. Una sociedad dada, la mexicana del siglo XX en este caso, tiene un fondo cultural común pero los objetos y símbolos que circulan son apropiados y significados de manera diferente. Este proceso, como ha

¹⁴ Gerardo Necochea Gracia, "Puerto del favor, isla del derecho," en: Graciela de Garay, coord., *Modernidad habitada: Multifamiliar Miguel Alemán, ciudad de México, 1949-1999* (México: Instituto Mora, 2004), 103-136.

¹⁵ Este comentario describe sólo la experiencia de la primera generación de residentes en el Multifamiliar, ya que la segunda se refiere a la colectividad de manera diferente. Ver Patricia Pensado Leglise, "Identidad y reconstrucción de una historia común en el Centro Urbano Presidente Alemán." En: Graciela de Garay, coord., *Modernidad habitada: Multifamiliar Miguel Alemán, ciudad de México, 1949-1999* (México: Instituto Mora, 2004), 165-189.

señalado Roger Chartier, crea colectividades de significado.¹⁶ Esas comunidades corresponden a un sentido amplio de clase social, en el uso del término definido por la denominada nueva historia social.¹⁷

Un aspecto constitutivo de clase, en ese sentido amplio, es justamente el proceso cultural que conforma un punto de vista. La dinámica de este proceso reside en la relación entre una forma de vida heredada y las cambiantes situaciones que conforman la experiencia vivida. Las anécdotas de Altagracia y Concepción muestran los valores adquiridos por la socialización, y cómo estos informan la percepción pero también son modificados por la experiencia vivida. En este proceso, elementos culturales residuales se confrontan con la cultura dominante, y proveen una perspectiva crítica que potencialmente la opone, aunque también puede incorporarse a ella.¹⁸

Ambas mujeres asumen una postura crítica frente al mundo que les tocó vivir. Altagracia es consciente de que la noción de independencia es socavada por la acción del sindicato, aun cuando este último es consecuencia de las luchas emprendidas por los trabajadores para ganar su independencia. Vislumbra y sugiere, de ahí la ironía, que detrás de un mismo valor yacen conductas opuestas: la solidaridad que ella aprendió y desplegó, por un lado, el individualismo que busca sólo el provecho propio, por el otro. Concepción, por su parte, opone un mundo ideal, en el que la desigualdad social es resuelta por una larga cadena de favores, a un mundo corrupto, en el que la desigualdad permite que la fuerza haga el derecho y el débil sea la eterna víctima. Sus posturas son distintas y son resultado de un pasado distinto pero, paradójicamente, la actitud de cada una brinda una perspectiva crítica sobre la sociedad del presente.

Esa actitud crítica ha sido transmitida a la siguiente generación.¹⁹ Por esta razón es que las entrevistas con estas dos mujeres resultan relevantes para la historia de la segunda mitad del siglo XX. Para los residentes de segunda generación en el Multifamiliar, nacidos hacia la mitad del siglo XX, la sociedad es un espacio a conquistar pero la corrupción impide la competencia sin ventaja y por contrario cobija el privilegio de unos cuantos. Para la generación de mujeres obreras en Río Blanco también nacida en las décadas intermedias del siglo, la ausencia de justicia social implica la opresión de los de abajo. Para los primeros, la participación política organizada es necesaria para crear condiciones de

¹⁶ Roger Chartier, *El mundo como representación* (Barcelona: Gedisa, 1992), 45-62.

¹⁷ La referencia obligada es por supuesto Edward Palmer Thompson, *The Making of the English Working Class* (London: Victor Gollancz, 1963).

¹⁸ Raymond Williams, *Marxism and Literature* (Oxford: Oxford University Press, 1977), 121-127.

¹⁹ Analicé la conducta de la siguiente generación de residentes del Multifamiliar, en "Parientes", y de las mujeres en Río Blanco, en "Nosotras somos oprimidas, esposas de obreros': mujeres y política en Río Blanco." En: Sergio Zermeño and Jesús A. Cuevas, coords., *Movimientos sociales en México durante la década de los 80* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1990), 47-62.

igualdad de oportunidad. Para las segundas, la participación política significa la lucha por establecer la igualdad de condición. Si bien estos dos propósitos convergieron en las últimas dos décadas del siglo, los primeros años del XXI muestran su acelerada separación.